

**I
N

M
E
M
O
R
I
A
M**



!HA MUERTO UN COLOMBIANO!

!HA MUERTO UN HEROE!

El día 22 de Octubre, y a consecuencia de repentina enfermedad dejó de existir el Señor Capitán de Fragata (r) **Néstor Ospina Melo**, héroe de la batalla de Güepí. La Revista de las Fuerzas Armadas al deplorar la desaparición de este benemérito Oficial, presenta una breve narración de su actuación durante el combate de Güepí, extractada del relato de un testigo presencial:

"Y llegó el instante supremo. Completado el viraje, un golpe de cabrilla lanzó el barco sobre la banda hasta embarrancar. El pelotón de desembarco se lanzó afuera, bajo los últimos goterones del plomo enemigo. Eran ocho hombres, a cuya cabeza iba Néstor Ospina, quienes empezaron a trepar, saltando sobre las abandonadas trincheras. La gloria no cobró allí sus dones, porque a pesar de que sobre el pelotón aún venían fuegos de retirada, del lado de las trochas, ninguno de los nueve fue tocado.

En lo alto del barranco se produce algo como un relumbre de sol. Es que Ospina arranca de allí algo que ya nadie defiende, para clavar en cambio los colores de la victoria justiciera. Y al pie del pabellón del triunfo nueve hombres se tienden, embocados los fusiles sobre los tropeles del pavor y la fuga".

De las islas, de los barcos, de todas partes, se alza el bronco hosanna:

¡Viva Colombia! ¡Viva Colombia!

¡Ha muerto un Colombiano!

¡Ha muerto un Héroe!

Palabras pronunciadas por el señor

Contraalmirante (r) Oscar Herrera Rebolledo ante la tumba del señor Capitán de Fragata (r) Néstor Ospina Melo:

"Otra vez el dolor! Sobre el misterio incomprensible de la vida se levanta al misterio insondable de la muerte! Hay en derrador de este sitio apenas adornado por flores y laureles un viento de melancolía que se hunde entre la carne para hacerla gemir en un grito de angustia y de desolación. Lo eternamente incomprensible, el trágico proceso de la vida que se apaga como si fuera una llama sin aliento, nos viene a recordar ahora que no hay poder humano que detenga el destino y que sobre la miseria de la carne se levanta solamente la esperanza de Dios.

Así, nos encontramos todos; presos de la impresión ineluctable que conlleva la muerte inclinamos nuestras lagrimas ante el recuerdo de **Néstor Ospina Melo**, soldado de la Patria y marino del Océano, Capitán de los mares y señor de los afectos, que partió ayer sin despedirse porque nunca tuvo su corazón la osadía de decir adiós a sus cariños. Pudiera decirse que al zarpar de las playas de la vida hacia el mar infinito de la muerte, dibujó en sus labios la sonrisa que llevan los valientes cuando emprenden la odisea de las conquistas. Izó las velas de su nave espiritual para alejarse lentamente en la mañana tibia, sin comprender entonces que había una tempestad de misterios que asediaban sus rumbos y que harían naufragar sus esperanzas. Roto el ve-

lamente de sus ilusiones se entregó sin quejas ni gemidos, porque para él los dolores y los contratiempos eran el paso natural para llegar a la posesión de los anhelos. Hoy lo vemos aquí, derrumbado por el alud de la tragedia, pero vivo en la memoria de quienes fuimos compañeros en su lucha, testigos cercanos de todos sus amores, y sinceros amigos en todas las circunstancias de la vida. Con él recorrimos muchas veces los caminos del mar y de las tierras y acampamos bajo toldas de ensueño en las duras pausas del deber y del trabajo. Su corazón era un gitano de afectos para entregarlo sin reservas en la mano cariñosa de sus buenos amigos. Sus consejos eran siempre la luz que iluminaba las congojas ajenas, y el idioma de su generosidad abrió todas las puertas para entregar sin limitación alguna el acervo infinito de sus grandes afectos.

La Patria creció en su corazón en un concepto de noble ciudadano. Por ella se entregó a la lucha y su sangre generosa y joven hubiera sido derramada sin reservas en la angustiada mañana de Güepí, si el destino en vez de coronarlo héroe hubiera querido hacerlo mártir, emulando con Girardot el orgullo de caer enredado en la bandera. Quienes lo vieron entonces cuentan de su valor y su coraje y encienden sus palabras en la narración de una historia que hace orgullo a su nombre e inflama de emoción a quien la escucha. Y allá en Corea, en los remotos mares del Oriente, fuimos testigos de su desprendi-

miento, y sentimos que la Patria latía en su corazón como si fuera un ejemplo. Cuántas noches, en los instantes preñados de silencio lo vimos masticando los recuerdos de su patria y le notamos que a la orilla de sus ojos se asomaba el brillo de los llantos contenidos, lágrimas que tenían el salado sabor de sus amores lejanos. Solo Colombia entiende y sabe lo que debe a este noble caballero, hoy vencido por la muerte, pero vivo y erguido en las páginas más grandes de su historia.

Y aquellos cariños que iluminaron el sendero de su vida están aquí presentes, porque en la hora de las grandes angustias se reúnen los afectos.

Capitán de los mares: Aquí está tu esposa a quien entregaste lo mejor de tu vida y de tu corazón, abriendo en sus mejillas un surco de lágrimas ante el dolor de tu partida. Con ella levantaste un hogar modelo de comprensión y de virtud y a su lado saboreaste las dulzuras de la vida y encontraste en ella el alivio que se busca en las humanas tristezas. Hoy el dolor ha doblegado su alma, pero mañana, en el noble recuerdo de tu nombre y tu presencia, hará justicia a tu estirpe y continuará tus obras hasta coronar el acopio natural de tus humanos anhelos. Amó el dolor porque el dolor azota la carne vil, y cuando el llanto brota, ese llanto que tuesta la mejilla, lleva un germen de sol en cada gota. Así pudiera decirlo en su angustia la compañera de tu vida, y ese germen de sol es la esperanza que se mueve solamente en tu recuerdo.

Sus ojos son dos lagos de lágrimas, profundos, donde navegará siempre la memoria de tu vida y soplará la brisa de tu amor.

Y aquí están tus hijos: No pueden llorar más porque agotaron sus lágrimas en el duro contacto con su primer dolor. Ellos son lo mejor que dejas a la sociedad y entregas a la patria. Son el grito de tu propia sangre que se prolongará en la vida, y eres así el autor de nobles esperanzas. Han recibido de ti el ejemplo, la dura formación que imparten los marinos y comprenden muy bien que tu les enseñaste a cabalgar con alegría sobre el duro corcel de las incomprendiones. Hoy se vuelven a ti para decirte adiós y pedirte una bendición que los ha de acompañar toda la vida.

Y aquí están tus hermanos, toda la familia que gozó de tus risas y alegrías. Todos sienten el corazón partido porque no encuentran explicación a la tristeza. Te están diciendo adiós en el simbólico abrazo de los desprendimientos.

Y nosotros también estamos aquí: quienes fuimos tus compañeros en la Armada Nacional nos acercamos con cariño y afecto a la orilla de esta tumba que se abre para recibir tu cuerpo. Sentimos la nostalgia de tu viaje sin límite y quisiéramos arrancarte de los

brazos de la muerte para que volvieras a vivir en medio de nosotros. Lo inútil del intento no disminuye el cariño del propósito. Seguirás con nosotros luchando en espíritu por la grandeza de una Institución a la que hemos entregado el más alegre de todos los amores; y allá en lontananza donde te veremos colocado por virtud del destino, veremos tu figura vestida de blanco, luciendo el uniforme de los hombres de mar confundida entre el color grisáceo de las olas y el clarísimo azul del firmamento. También en nuestros ojos hay lágrimas de afecto y en nuestros brazos un lejano temblor de despedida.

Néstor: Ya llegaste ante Dios y su misericordia habrá hecho el balance de tus bondades y tus hidalguías. Tu alma habrá entendido que ya transcurrió lo pasajero y estarás gozando de la quietud eterna. Aquí queda tu cuerpo que hoy entregamos con respeto y veneración a la tierra, a esa misma tierra de donde un día saliste para ser un hombre sin tacha y un buen hijo de la Patria. Al dejarte solitario, dejamos junto a ti todo nuestro afecto y la esperanza fecunda de volverte a ver.

Néstor: Así te estamos viendo, agitando un pañuelo de tristes despedidas a quienes deja tu barco sobre las playas negras del mal y del dolor.